

ten. Tropezaría también con advertencias tan claras como la realizada por el Papa en su mensaje de Navidad de 1982: «El diálogo debe realizarse con los hombres, no con las ideologías que, a pesar de sus declaraciones, se oponen a la dignidad de la persona humana, a sus justas aspiraciones según los sabios principios de la razón, de la ley natural y eterna —ideologías que ven en la lucha el motor de la historia, en la fuerza la fuente del derecho—, pues el diálogo resulta entonces difícil o estéril, y si continúa, es una realidad superficial y falseada, y se hace tan difícil que en la práctica resulta imposible».

Y en el memorable libro de Karol Wojtila, *Signo de Contradicción*, encontraría nuestro conferenciante material suficiente para revisar y deshacer, una a una, la mayor parte de las ideas sobre las esperanzas cristianas que sostiene. Esto, claro está, suponiendo que la doctrina escatológica de ese polaco le parezca suficientemente autorizada.

JUAN CARLOS GARCÍA DE POLAVIEJA.

### **General Ramón Salas Larrazábal: LOS FUSILADOS EN NAVARRA EN LA GUERRA DE 1936 (\*)**

El General Salas Larrazábal, uno de los más prestigiosos historiadores de cuanto haga referencia a la Cruzada española o guerra de liberación de España, ha realizado este trabajo.

Las titulaciones de prensa y las amplias reseñas del libro pueden llevar al ánimo de los lectores a un confucionismo que sólo por ser estadístico («La estadística —decía Unamuno— es el arte de mentir con números») habríamos de considerar veraz. Quiero decir, que algunos titulares —por ejemplo, en *Diario de Navarra*, del 28 de octubre,— expresan, sin matización alguna: «Según un estudio del General Salas Larrazábal, en el territorio foral se mató a cerca de 1.100 personas». Lo cual estadísticamente es cierto, pero ha de parangonarse con otros muchos datos aportados por el ilustre historiador militar.

Precisamente, en la «presentación» del libro por las propias Comisiones de navarros que lo editaron, se pone de manifiesto aquel parangón, sin el cual pudiera parecer que la represión en la Navarra nacional alcanzó cotas no superadas. Y eso que muchos de los partidos políticos al uso —PSOE, PNV, HB— han venido repitiendo con contumacia, eso es lo que el libro de Salas Larrazábal rebate con hechos y datos irrefutables a partir de ahora. Dentro, pues, de la limitación humana en la búsqueda de la verdad, este trabajo representa, en la materia que constituye su objeto, toda la verdad.

(\*) Ed. «Comisiones de Navarros de Madrid y Sevilla», Industrias Gráficas España, S. L., Madrid, 1983.

Como bien lo expresa su título, el tema es doloroso, pero resultaba necesario afrontarlo de una vez, con seriedad, ausencia de prejuicios y criterio de historiador veraz y responsable. Ya que la verdad, aunque duela, no puede cambiarse. La historia no se rectifica día a día, como hacen los marxistas, pues ni el tiempo ni la historia son cambiables. La historia ha de ajustarse a la verdad de los hechos. Esto es lo que hace el General Salas Larrazábal. Y en su estudio —detallado y pacientísimo— objetivo, después de un repaso larguísimo de pueblos, cendeas, concejos, villas y ciudades de Navarra y de casi todos sus registros civiles («para no hablar con muertos», como solía decir José M.<sup>a</sup> Iribarren), llega a una conclusión final: «En Navarra se mató a cerca de 1.100 personas, de las que unos 900 eran hijos de la provincia y 200 forasteros. Que fuera de ella murieron otro centenar de navarros, y en zona republicana cayeron varios centenares de hijos de esta tierra que se unieron en sacrificio a los 4.500 que cayeron en los frentes de combate o murieron en los hospitales de sangre».

El sacrificio de Navarra, en hombres y en dinero, a la Cruzada nacional fue inmenso. Pero ello no quiere decir que haya de idealizarse, abstractamente, una guerra como aquélla, y que por el hecho de predominar en ella el factor religioso no se dieran deficiencias humanas. Se dan éstas, siempre, en toda guerra. Si en la retaguardia navarra se produjeron hechos heroicos —la contribución en sangre de los navarros que llevó a la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando para el escudo de Navarra; la aportación en oro, alhajas, brillantes, etc., de la que se conservan actas notariales en que tales aportaciones se valoraron en muchos millones de pesetas (cientos de millones en valor actual)—, también se produjeron estos dolorosos hechos de las muertes de navarros o residentes en Navarra.

El de cuántos, el de quién los mató, el por qué motivos fueron fusilados, ha sido el objeto del libro presentado. Aquella cifra de 1.100 ha de contrastarse con las otras enormes cifras que, hasta este trabajo, han sido machaconamente catapultadas por la propaganda marxista-separatista. No fueron 20.000, cifra máxima que se lee en *ABC* de Madrid (núm. 11.107, de 6 de diciembre de 1938); ni fueron 7.000, cifra dada al parecer por el Obispo de Vitoria, don Mateo Múgica (el mismo que, antes de darla, publicó con el Obispo de Pamplona, don Marcelino Olaechea la primera Pastoral condenando la actuación del nacionalismo vasco por su «contubernio y alianza» con los rojos), repetida por Hugh Thomas, santón de los historiadores, que ahora deberá rectificar sus cifras; ni siquiera la cifra, mínima para estos falseadores de la verdad, de 1.950, seguida por Iturralde, en *Punta y Hora* (núm. 112, de 2 de noviembre de 1978).

Salas destaca el hecho «matemáticamente irrefutable, de que los republicanos, que ejercieron su dominio temporal en sólo una fracción de la nación, mataron a un número mucho mayor

de personas que sus contrarios —los 'nacionales'—, que pudieron extender sus represalias a toda España». Y es que la verdad, aun en asuntos tan duros y fuertes como el de esta monografía, ha de ser una verdad en que también ha de valer el «más fueron ellos». Como lo fueron. ¡Y en qué medida!

La condena de unos hechos injustos —estos fusilamientos— «realizados en gran parte por fuerzas sombrías, vengativas o ansiosas de hacer méritos ante sus correligionarios de ayer», produjeron los asesinatos y homicidios. «La cuantía de éstos no rebasa la media estadística del 0,146 % sobre la población total de la Navarra de entonces (345.883 habitantes en 1939). Y, aunque el cubileteo de estas cifras pueda parecer enojoso, queremos recordar que el conjunto de actuaciones de la zona roja, paraestatales o estatales (en la zona nacional las actuaciones paraestatales cesaron en cuanto el Estado se organizó; y, aun antes, son sintomáticas las condenas públicas de la Junta Regional Carlista de Navarra, las del General Mola y las del Coronel Solchaga, sobre estos "asesinatos", llamados así entonces sin eufemismo alguno), aquel conjunto, digo, ofreció un panorama de ejecuciones, asesinatos y homicidios sólo comparable a las realizadas en la revolución soviética de 1917. Y en cuanto a las matanzas de sacerdotes, religiosos y seglares muertos por la fe (cosa que jamás se dio en la zona nacional) —"mártires", en el más estricto sentido teológico de la palabra—, no tiene más comparación que la de las persecuciones de los emperadores romanos».

Dieron su vida —dijo muy bien el hoy Monseñor Montero en su *Historia de la persecución religiosa de España*— por ser católicos, asesinados por el odio a su fe. En cambio, los pocos sacerdotes separatistas vascos muertos, de los que tanto se ha escrito y servido (la cifra más aceptada es la de 14 fusilados; a cambio de los 47 asesinados en la zona del entonces «Euzkadi»), lo fueron a pesar de serlo. La diferencia, no sólo gramatical, sino teológica, es abisal.

La «presentación» de este admirable trabajo histórico del General Salas concluye con estas palabras: «Todo paisaje cósmico o social-humano está integrado por luces y sombras. La "pureza pura" no es real en la historia humana. Pero, pese a los celajes, el predominio de la luminosidad heroica, limpia, con espíritu de "cruzada" prevalece con nítida preponderancia sobre las sombrías fuerzas minoritarias del resentimiento y del odio y resulta definitorio de la acción colectiva de Navarra, de la inmensa mayoría de su pueblo en la guerra de 1936».

JAVIER NAGORE YÁRNOZ.